

Junto a la catedral de Sevilla hay un hito jacobeo que indica la distancia de la capital hispalense a Santiago: Mil seis kilómetros. Siempre he pensado que es una barbaridad. A mí me gusta caminar, pero mil kilómetros me parecen demasiados, o me lo parecían. Si la vida no se hubiera torcido, quizás en algún momento de euforia me habría planteado peregrinar a Santiago desde mi ciudad natal, saliendo de la puerta de mi casa, caminando en otoño o en primavera.

Digo que me lo habría planteado si las circunstancias hubieran sido diferentes, pero la vida es la que es y debemos aceptarlo. El origen de todo está en una mañana de niebla espesa de febrero. Mi memoria mezcla la niebla atmosférica con esa pérdida de realidad de la sala de espera de los hospitales, de los tiempos vacíos en pasillos blancos y de desazón en busca de respuestas. A las preguntas más importantes, por qué, por qué a mí, por qué a mi hijo adolescente, nunca tuve respuesta. A las demás, a las secundarias, trató de responder un médico de barba canosa y mirada profunda en un despacho del Hospital Virgen Macarena.

No me apetece entrar en detalles, pero el nombre técnico que pronunció el doctor era horrible y afectaba al corazón. La consecuencia inmediata del diagnóstico era que mi hijo debía permanecer en el hospital por tiempo indefinido para hacerle pruebas. El pronóstico era incierto. El mundo se volvió de golpe del revés. Mis prioridades cambiaron completamente. El caos reinó en mi cabeza. No comía, no dormía y pasaba en el hospital todo mi tiempo. En mi trabajo me recibieron con abrazos y buenos deseos. Tengo varios compañeros que los primeros días doblaron turnos para suplirme, pero también tienen familia y vida y sabía que no podía abusar de ellos de forma indefinida.

Tras un primer período dando tumbos decidí que no podía dejar el trabajo, pero que me organizaría para ir directamente de la oficina al hospital todos los días. El trayecto pasa por delante del hito jacobeo y el recorrido a pie es de unos cinco kilómetros, a los que habría que añadir otros cinco para ir a casa a descansar. En total, visitar a mi hijo al hospital conllevaba caminar unos diez kilómetros diarios, en los que pasaba puntualmente frente al poste con la venera situado junto a la catedral.

En una de aquellas primeras caminatas, al pasar frente al monolito con el kilometraje, empecé a echar cuentas, sin ninguna intención, sólo por distraer mi mente. Diez kilómetros es la distancia que separa la catedral, punto de partida del Camino de Santiago, de Santiponce y unos diez kilómetros más allá se encuentra Guillena. Después vienen Castilblanco, Almadén y El Real de la Jara, por lo que en cuatro días un peregrino habría recorrido los ochenta kilómetros de la Vía de la Plata en la provincia de Sevilla. Estos cálculos no tenían ninguna finalidad, eran simplemente una forma de distraerme de las preocupaciones cotidianas, pero poco a poco empezaron a llenar mi tiempo. Ochenta kilómetros era mi recorrido de ocho días, por lo que en poco más de una semana, habría llegado al límite con Extremadura. No conozco todas las poblaciones por las que pasa el Camino más allá de mi provincia, así que, un poco por curiosidad y un poco por evadir mi realidad cotidiana, cada noche, antes de acostarme, buscaba información de las localizaciones por las que pasaría un peregrino que avanzara diez kilómetros al día siguiente.

Salir de la provincia se me hizo muy duro. En aquella primera semana todo fue un descontrol para comer, lavar la ropa, ir al supermercado y dormir. La cuesta del Calvario, justo antes de llegar a Almadén, coincidió con una crisis de mi hijo. Se le descompensaron los niveles y lo tuvieron que llevar a la UCI. Fue poco tiempo y una vez que superé Sierra Morena, lo llevaron de nuevo a planta. A partir de Monesterio, quizá un poco antes, el Camino empezó a llanear. Había días difíciles, en los que mi hijo me hacía preguntas que no sabía responder y silencios por parte del equipo médico cuando yo indagaba por el futuro.

- Hay que ir día a día –fue la respuesta del doctor-.

Así que tuve que aprender a vivir así, día a día, jornada a jornada, sin plantearme qué habrá más allá del horizonte. Viviendo intensamente cada minuto, sin hacer preguntas. Al llegar a Mérida, el doctor de barba canosa me llevó a su despacho. Su mirada me pareció más profunda que en días anteriores. Le agradecí que fuera directo al grano. Mi hijo no estaba respondiendo al tratamiento. Su corazón estaba cada día más débil.

El cambio de comunidad autónoma está poco después de Baños de Montemayor y se me hizo muy cuesta arriba. Mi hijo llevaba más de cuarenta

días en el hospital y no sé cómo pude superar el Puerto de Béjar. Hay un agotamiento físico después de tantos días, pero el peor es el psicológico, el mirar adelante y solo ver bruma. Mi hijo es muy maduro para su edad y era consciente de todo. Un día, por entretenernos, le hablé del Camino de Santiago, de la Vía de la Plata y de cómo contaba los kilómetros. La idea le entusiasmó. Cuando yo llegaba de trabajar él ya había mirado en la tableta el recorrido del día y era él quien me contaba las leyendas de los pueblos o me enseñaba imágenes de las ermitas que tocaban ese día. Luego mirábamos los kilómetros del día siguiente y poco a poco llegamos a Salamanca, donde mi hijo me enseñó imágenes de la rana y el astronauta que yo no conocía. En una semana habíamos cubierto los setenta kilómetros que separan esta ciudad de Zamora. Yo veía que mi hijo se cansaba, incluso estando sentado en el sillón de su habitación del hospital. Había pactado con el médico que, si no había ninguna urgencia, me informaría de la evolución una vez por semana. La cita era los lunes. Al llegar a Puebla de Sanabria, volví a encerrarme con el doctor en su despacho. Estaba más serio que otras veces. Tuve la sensación de que era capaz de ver el atardecer en el horizonte más allá de las paredes del hospital. Tras unos segundos de silencio, volvió su mirada hacia mí.

- La evolución de su hijo no es favorable. No está respondiendo a los tratamientos convencionales. Estamos valorando la posibilidad de operarlo.

Tragué saliva. Sabía que había algo más.

- Se trata de una operación de alto riesgo. Su hijo es joven, pero no le oculto que su corazón está muy débil. Sería una operación a cara o cruz. Necesitaríamos su autorización expresa informada y garantías jurídicas de que no iría contra el quipo médico en caso de...

Dejé de escuchar. O confiaba en un equipo médico que realizara una operación a mi hijo a vida o muerte o esperaba que fuera languideciendo poco a poco esperando un milagro. La vuelta a casa fue espantosa y los días siguientes también. No soy una persona religiosa. Identificar mi caminata diaria al hospital con el Camino de Santiago no pasaba de ser un mero entretenimiento, pero a partir de aquel momento, sí empecé a tomármelo como una peregrinación y sí me encomendé con todas mis fuerzas al Apóstol Santiago. La subida al

Padornelo fue terrible y más aún las cuentas de A Canda. No sabía qué hacer y una tarde me armé de valor y decidí hablarle a mi hijo de la operación. Intenté decírselo con tranquilidad, pero la realidad era la que era. Mi hijo me sorprendió. Esperaba cualquier tipo de reacción. Podía romper a llorar, desesperarse, enfadarse conmigo y con el mundo y estaría en su derecho, pero no hizo nada de eso. Mi hijo entendió perfectamente la situación y su reacción fue de alegría. Tardé unos segundos en entender su sonrisa. Este hijo mío no dejaba de sorprenderme. Le alegraba que hubiera una posibilidad, por pequeña que fuera, de salir de esa situación. Deseaba operarse, lo antes posible, aunque entrañara un riesgo evidente y me instó a buscar al médico y firmar los papeles. Los firmé esa misma tarde.

El médico determinó que la operación tenía una urgencia extrema y fijó la fecha para unos días después. Esos días no comí, no dormí y casi no viví. Reconozco que, al pasar por la Puerta de la Asunción de la catedral, me paraba delante de la imagen de Santiago a pedirle por mi hijo. El día de la operación era, según mis cuentas, el día que debía llegar a Orense. La operación se prolongó durante cuatro horas e intervinieron varios cirujanos. Cuando terminaron fueron a reunirse en un despacho. Una enfermera se apiadó de mí y me dijo que esperara a que mi hijo se despertara de la sedación y que el médico nos informaría a los dos cuando pasara el efecto de la anestesia. El corazón me dio un vuelco. Aún no sabía qué había pasado, pero simplemente, pensar que mi hijo iba a despertar y que podría volver a abrazarlo hizo que estallara en llanto. Un llanto reprimido durante demasiado tiempo.

Me quedé en aquella sala de espera no sé cuánto tiempo. Un tiempo infinito, según mis cálculos. Finalmente, la misma enfermera que me había anunciado que mi hijo despertaría, me pidió que la acompañara. Lo encontré animado, sonriente y el médico estaba junto a él. Respetó mi tiempo para besar y estrechar a mi hijo. El médico seguía con su mirada profunda, pero una leve sonrisa se dibujaba en sus labios.

- La operación ha sido un éxito. Ha ido incluso mejor de lo que cabía esperar. Su hijo se recuperará y podrá hacer vida normal dentro de unos meses.

- ¿Has oído eso, mamá? ¡Vamos a terminar el Camino de Santiago como peregrinos de verdad!

Mi hijo había estallado de júbilo. El médico se quedó sorprendido ante esa reacción y me miró en busca de una explicación.

- Bien –dije titubeando- es un poco largo de contar...

Tardé un poco en detallarle al médico que cada día caminaba diez kilómetros, que pasaba frente al hito jacobeo de la catedral y que mi hijo y yo planificábamos cada tarde el tramo siguiente de la Vía de la Plata...

- Porque... –me interrumpió mi hijo- quiero hacer con mi madre el Camino. Aún nos quedan los últimos cien kilómetros, de Orense a Santiago y quiero hacerlo con mis botas y mi mochila. Podré hacerlo, ¿verdad que sí, doctor?

Miré al médico, expectante. El doctor se tomó unos segundos antes de responder.

- Bien, todavía tu corazón está muy débil y tus músculos también, pero en unos meses estarás totalmente recuperado, podrás hacer la vida normal de un chico de tu edad y ¿por qué no? Si te apetece puedes hacer el Camino de Santiago.

Mi hijo iluminó su cara con una sonrisa. El médico me pidió que saliera. Era hora de descansar.

- ¡Cien kilómetros! –exclamó mi hijo cuando ya me iba - ¡Vamos a hacer juntos los últimos cien kilómetros!

Al volver, me detuve frente a la Puerta de la Asunción a dar gracias. Aún quedaba un largo trecho que recorrer, pero dentro de unos meses llegaría al Obradoiro con mi hijo, con nuestras botas y nuestras mochilas. Sonreí. Santiago nos esperaba.